

## Historia y narración: una aproximación al debate en torno a la escritura de la Historia

Matías Rivas V.<sup>1</sup>

En relación con la actividad del historiador muchas veces nos preguntamos respecto de su método, de cómo hace para ‘reconstruir’ el pasado, cómo consigue colmar el vacío dejado por los documentos. La Historia es, sin duda, un «conocimiento por huellas», como decía Marc Bloch, un saber indirecto, y esta situación no cambia si nos dedicamos a la historia contemporánea, pues por más que el número de fuentes disponibles aumente considerablemente en comparación a los tiempos más pretéritos, el archivo no habla por sí solo. Es el historiador quien articula las ‘voces del pasado’, quien da ‘vida a los muertos’, quien se esmera por hacernos partícipes, como lectores, de la referencia a un ‘mundo distinto’, a aquello que ya no podemos volver a vivir. Si la crónica revela que en ciertos años ‘no ocurrió nada’, la Historia intenta rellenar los espacios vacíos con lo que ‘más probablemente pudo ocurrir’.

Así pues, se hace inevitable preguntarnos por la escritura de la Historia, por la narración que da cuenta del pasado, que lo ‘reescribe’ como una trama inteligible. Para poder trazar líneas de respuesta, en el presente ensayo abordaremos el tema de la narración en Historia desde el punto de vista de dos autores que han tratado el asunto, como lo son Paul Veyne y Hayden White. Evidentemente, la presentación de estas dos perspectivas no agota el debate, pero nuestro planteamiento del problema no pretende ser exhaustivo, sino que más bien se trata de presentar posibles respuestas y, por supuesto, más de alguna interrogante. De esta manera, además de tener en cuenta las ideas de los dos autores mencionados, esbozaremos nuestra propia mirada del problema, en debate con ellos y valiéndonos también de otros planteamientos, sobre la riquísima temática del rol de la narración en Historia, o, si se prefiere, del problema de la escritura de la Historia.

En primer lugar, abordaremos el tema desde una perspectiva epistemológica, la cual, por cierto, nos acompañará predominantemente a lo largo de todo este ensayo. Aquí se trata de responder a la pregunta sobre el cómo se escribe la Historia, lo que nos lleva a considerar la función que cumple la narración como ‘soporte’ de la disciplina. En este sentido, diremos que la narración es la forma propiamente tal del discurso histórico. Siguiendo a Veyne, consideraremos la escritura de la Historia como una operación intelectual, es decir, como la

---

<sup>1</sup> Matías Rivas es Licenciado en Historia y Estudiante de Filosofía en la *PUCCh*.

manera en que el historiador articula el pasado en forma de una trama inteligible. Por lo tanto, la importancia de la narración se revelará como el *quid pro quo* de la Historia, o, dicho de otra manera, podría aseverarse que la Historia ‘es’ narración.

En segundo lugar, introduciremos las ideas de Hayden White para abrir una dimensión predominantemente retórica y estética del discurso histórico. Como veremos, la narración es entendida, en este caso, como una actividad poética. Esto quiere decir que el historiador, en primera instancia, configura un determinado campo semántico en el cual inserta los acontecimientos para dar origen a la trama completa de la Historia que pretende relatar. Así pues, antes que como operación intelectual, la Historia se muestra como una actividad discursiva. En este sentido, para White, no hay gran diferencia entre el oficio del historiador y el modo en que un novelista construye su relato.

Luego de atender a lo expresado hasta aquí como itinerario del presente ensayo, discutiremos, en último lugar, las propuestas de Veyne y White junto con los alcances respectivos en lo que a la problemática de la narración se refiere. De este modo, propondremos una salida —o quizás sea más conveniente hablar de una vía de apertura—, al tema de la escritura de la Historia, para lo cual acudiremos también a ciertos planteamientos de otros autores.

### *Paul Veyne y la Historia como trama inteligible*

En su obra *Cómo se escribe la historia*, Veyne comienza respondiendo a la clásica pregunta: ¿Cuál es el objeto de la Historia? “Acontecimientos verdaderos cuyo actor es el hombre”<sup>2</sup>. ¿Qué es lo que verdaderamente relatan los historiadores? Evidentemente, acontecimientos. Pero, ¿de qué forma los articulan en una ‘historia’? Porque el relato de los acontecimientos no permite alcanzar la verdad factual de los hechos, ya que es imposible reconstituir el pasado como si tuviésemos la posibilidad de ir a determinada época en una máquina del tiempo. Así pues, “el relato que surge de la pluma del historiador no es lo que vivieron sus protagonistas; es sólo una narración”<sup>3</sup>. ¿Qué clase de narración? ¿Hay una narración específica para la Historia? ¿Es la Historia narración y nada más? Tendremos posibles respuestas a estas preguntas más adelante.

Por el momento, centrémonos en la problemática propiamente epistemológica que aborda Paul Veyne. Como vimos, la Historia se ocupa de los acontecimientos humanos, la Historia es siempre historia del hombre y de su *praxis* vital en el tiempo. ¿Cómo se puede llegar a conocer estos acontecimientos? A través de vestigios, de huellas. Por lo tanto, la Historia es siempre un conocimiento indirecto, fragmentario en esencia, pero que pretende reconstituir, de algún modo, esa unidad perdida de los hechos. Como declara Veyne, “lo que los historiadores denominan acontecimiento no es aprehendido en ningún caso directa y

<sup>2</sup> Veyne, P., *Cómo se escribe la historia*, Madrid: Alianza, 1984, 13.

<sup>3</sup> *Ibid.*, 14.

plenamente; se percibe siempre de forma incompleta y lateral, gracias a documentos y testimonios”<sup>4</sup>. Así pues, no cabe duda de que “la historia es, por esencia, conocimiento a través de documentos”<sup>5</sup>. Pero todo documento, en cuanto testimonio de la realidad, es una determinada percepción de esta, la visión particular de un hecho, incluso si somos contemporáneos al documento en cuestión. De esta manera, ninguna fuente o vestigio “puede ser el acontecimiento mismo”<sup>6</sup>. Entonces, la narración histórica se construye mediante diferentes percepciones de los hechos, por lo cual podemos decir que se trata de un conocimiento doblemente indirecto, o, utilizando un lenguaje platónico, de ‘la idea de la idea’ del acontecimiento. De esto se desprende, obviamente, que la Historia no puede ser ciencia bajo ninguna perspectiva, sin embargo, dejaremos este punto para más adelante.

¿Por qué nos interesa conocer los acontecimientos del pasado? Ciertamente que una respuesta bastante certera a esta interrogante sería acudir a lo que señala Aristóteles, es decir, ‘porque todo hombre desea, por naturaleza, saber’. Pero ya vimos que en Historia no es posible ‘saber’, en el sentido de llegar a conocer los acontecimientos ‘tal cual sucedieron’, como diría Ranke. Así pues, únicamente nos quedaría la siguiente respuesta: ‘porque deseamos formarnos una idea acerca de aquello que no conocemos’. Evidentemente, esta respuesta es esencialmente similar a la anterior, pero la diferencia está en que, en Historia, únicamente podemos aspirar a una *doxa* y no a una *episteme*. Es decir, la Historia es una disciplina doxográfica, que no parte de la falsedad, pero que no alcanza completamente la verdad; así, se trata de una ‘ciencia de lo posible’, una «creencia verosímil» (*pistín eikós*), como apuntaría Platón, si es que podemos definirla en estos términos.

Para Veyne, al historiador no le interesa “la belleza ni la singularidad. Sólo le interesa la verdad”<sup>7</sup>. Es aquí precisamente, donde, según el autor francés, se encuentra la diferencia fundamental entre la narración de un novelista y la del historiador. Así pues, en cuanto a su forma narrativa, la historia y la novela nos interesan por igual, puesto que ambas son anecdóticas<sup>8</sup>, sin embargo, el contenido de una novela puede ser completamente ficticio, mientras que la historia no sería jamás Historia si no tratara sobre acontecimientos que ocurrieron en realidad. Pero, volviendo a poner por delante lo que referíamos anteriormente, ¿cuál es la verdad que encuentra la Historia, si su conocimiento de los hechos es indiciario? ¿No sería la verdad, en este caso, un *puzzle* que el historiador pretende reconstruir?

Ahora bien, ya que el relato del historiador, o el ‘discurso histórico’, cumple la función de aglutinar y dar forma coherente a los acontecimientos dispersos que conocemos a partir de los documentos, la narración es lo que hace a la Historia. Por lo tanto, la Historia no es tal hasta que se escribe. En este sentido, todo recae en el historiador mismo, pues es él

---

<sup>4</sup> Ídem.

<sup>5</sup> Ibid., 15.

<sup>6</sup> Ídem.

<sup>7</sup> Ibid., 19.

<sup>8</sup> Cf. Ídem.

quien escribe y ‘hace’, en definitiva, la Historia. Además, los historiadores deciden qué tipo de Historia hacen, en el sentido de a qué aspecto de la vida dan mayor énfasis, y, por consiguiente, qué acontecimientos destacarán por sobre otros<sup>9</sup>. Así pues, la construcción de la Historia aparece como una elección del historiador en varios niveles. Lo que este nos relata es lo que él desea narrar. La narración, por ende, es la Historia misma según lo ha deseado el historiador.

Dado lo anterior, la elección manifiesta en la escritura de la Historia es, pues, subjetiva. Por lo tanto, podemos decir, junto a Veyne, que “el interés del historiador dependerá del estado de la documentación, de sus gustos personales, de la idea que le haya pasado por la cabeza [...], etc.”<sup>10</sup>. Esto, empero, no significa que la Historia, en tanto disciplina, sea subjetiva, puesto que el contenido anhelado siempre será la verdad de los acontecimientos, o al menos, como ya hemos planteado, ‘la verdad de lo posible’. Así pues, lo que es subjetivo es la forma, es decir, la narración construida por el historiador.

No obstante, la irregularidad de las fuentes hace que ciertos ámbitos de la historia aparezcan silenciados en el relato del historiador, con lo cual el lector presume que en ese espacio de tiempo en el que nada se relata, no ocurrió efectivamente nada<sup>11</sup>. Así pues, “los hechos no existen aisladamente en el sentido de que el tejido de la historia es lo que llamaremos una trama [...] En suma, la trama es un fragmento de la vida real que el historiador desgaja a su antojo y en el que los hechos mantienen relaciones objetivas y poseen también una importancia relativa”<sup>12</sup>. Aquí entramos en el terreno de la explicación histórica y de la causalidad, en donde nos encontramos con el siguiente problema: ¿Se explican los hechos por mera sucesión cronológica, es decir, que ‘lo anterior influye en lo posterior’?, o, ¿es acaso la ‘trama’, a saber, la disposición narrativa escogida por el historiador, la que articula la causalidad de los hechos y la consiguiente ‘explicación histórica’?

Las respuestas las ofrece el mismo Paul Veyne, como veremos a continuación, sin embargo, antes de abordar dichas temáticas, es preciso tener claro que la causalidad no viene dada de forma *a priori*, pues los acontecimientos, por sí mismos, no se insertan en ninguna estructura relacional, a menos que consideremos que las acciones humanas tienen su razón de ser en vistas de un *telos* al que todo, a fin de cuentas, nos ha de conducir. Pero ello tampoco puede aplicarse si no es desde una determinada teleología o filosofía de la historia, que ya presupone una estructura previa a la cual se acomodan los acontecimientos. En esta misma línea, Paul Veyne reconoce que no existe una ‘historia global’ o ‘total’, pues:

“los historiadores cuentan historias, que son como los itinerarios que han decidido seguir a través del campo objetivo de acontecimientos (campo que es divisible

---

<sup>9</sup> Cf. *Ibíd.*, 23.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, 31.

<sup>11</sup> Cf. *Ibíd.*, 22.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, 34.

hasta el infinito y que no está compuesto de acontecimientos-átomos); ningún historiador describe la totalidad de este campo, pues al tener que escoger un itinerario no puede recorrerlo en toda su amplitud; ninguno de esos itinerarios es el verdadero, ninguno es la Historia”<sup>13</sup>.

Así pues, “un acontecimiento no es un ser, sino una encrucijada de itinerarios posibles”<sup>14</sup>. Esto significa que no existen, en sí, acontecimientos paradigmáticos o ‘fundadores’ desde los cuales se pueda proseguir una sucesión lógico-causal del resto de los acontecimientos que lo suceden. De esta manera, no hay una sola verdad en la Historia, pues ello supondría un acontecimiento fundador, que determinase en última instancia todo el resto de los sucesos, a la manera de una teleología, como ya vimos más arriba. Por lo tanto, cada acontecimiento puede ser interpretado y ‘explicado’ según el modelo de trama elegido por el historiador. Por ejemplo, en una historia política, los acontecimientos referidos tienen causas y consecuencias insertas en el ámbito de lo político, a menos que el historiador explicita que un hecho social o cultural tuvo luego resonancias políticas, pero esto también depende del modo en que él haya decidido narrar la Historia, y, con mayor razón, del tema que a él le interesa tratar. Así entonces, como aduce Veyne: “Todo es histórico, pero sólo hay historias parciales”<sup>15</sup>.

El que haya «historias parciales» responde al criterio de importancia que se le atribuye a ciertos acontecimientos en desmedro de otros, o a ciertos temas por sobre otros. Por ende, “la diferencia entre cualquier acontecimiento y los que juzgamos dignos de la historia es el valor que atribuimos a éstos”<sup>16</sup>. Esto nos da ya una idea de lo que es en definitiva la Historia para Paul Veyne, quien nos manifiesta que el historiador no necesita imprescindiblemente del concepto de tiempo, puesto que “sólo necesita el de proceso inteligible”<sup>17</sup>, es decir, la trama. Ergo, “el tiempo histórico es únicamente el medio en el que se desenvuelven con entera libertad las tramas”<sup>18</sup>. La trama, es decir, la narración de la Historia, es lo que hace precisamente a la Historia misma, pues la hace comprensible al dotarla de sentido.

Profundizando lo anterior, Veyne señala que “escribir historia es una actividad intelectual”<sup>19</sup>. ¿Qué significa esto? Pues que, como ya hemos venido anticipando, “el conocimiento del pasado no es un dato inmediato, [que] la historia constituye un ámbito en el que no puede haber intuición, sino únicamente reconstrucción”<sup>20</sup>. Así pues, la Historia “es la

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, 37.

<sup>14</sup> *Ídem.*

<sup>15</sup> *Ibid.*, 40.

<sup>16</sup> *Ibid.*, 44.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 53.

<sup>18</sup> *Ídem.*

<sup>19</sup> *Ibid.*, 55.

<sup>20</sup> *Ibid.*, 56.

organización inteligente de los datos relacionados con una temporalidad”<sup>21</sup>. En suma, la Historia es una narración dispuesta intelectualmente por el historiador. Jugando un poco con las palabras, podríamos añadir que la Historia es lo que hace inteligible la historia.

Para responder más claramente las preguntas planteadas en líneas anteriores acerca de la explicación histórica, diremos, junto a Veyne, que esta “no es más que la forma en que se organiza el relato en una trama comprensible”<sup>22</sup>. En este sentido, la explicación histórica no tiene nada de científico, simplemente muestra el desarrollo de la trama. Por lo tanto, la explicación, en Historia, no es otra cosa que comprensión, pues “el historiador hace que se comprendan las tramas”<sup>23</sup>. En resumen, la explicación histórica no es ‘nomológica-deductiva’ como en el caso de la ciencia —esto es, en términos simples, identificar una ley a partir de la regularidad constatada en ciertos fenómenos observables—, sino que solamente remite al “sentido que el historiador da al relato”<sup>24</sup>, es decir a la forma en que este articula la trama, el cómo narra la Historia. Así, la Historia se muestra como una forma organizada de descripción, pues “su forma de explicar consiste en «hacer comprender», en relatar cómo han sucedido las cosas”<sup>25</sup>.

Como señala François Dosse, a propósito de lo señalado por Veyne, “la llamada explicación no es en historia otra cosa que la manera como el relato se organiza en intriga comprensible, y lo que se erige en posición causal no es sino un episodio elegido entre otros de la intriga”<sup>26</sup> o trama. La operación historiográfica, o el oficio del historiador en tanto actividad intelectual de escribir una trama comprensible a partir de ciertos documentos o huellas del pasado, es referida por Veyne como «síntesis histórica», la cual “no es otra cosa que esa operación de rellenar lagunas, a la que llamaremos retrodicción”<sup>27</sup>. Esto, debido a que “el historiador no accede directamente más que a una porción ínfima de lo concreto, la que le ofrecen los documentos de que puede disponer”<sup>28</sup>. En suma, “la síntesis realizada por el historiador, compete, a juicio de Veyne, a la manera singular como éste llena los vacíos y las lagunas remontándose del efecto comprobado a su causa hipotética, según la teoría de las probabilidades”<sup>29</sup>.

Lo anterior significa que el historiador constata, a partir de los documentos, un ‘hecho-efecto’ del cuál no conoce su causa, puesto que ningún documento es capaz de proporcionar el ‘hecho-causa’. Por esto, “debe remontarse, mediante retrodicción, del efecto

---

<sup>21</sup> Ídem.

<sup>22</sup> *Ibid.*, 67.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 68.

<sup>24</sup> *Ibid.*, 70.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 97.

<sup>26</sup> Dosse, F., *La historia: conceptos y escrituras*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2004, 104.

<sup>27</sup> Veyne, P., *Op. cit.*, 97.

<sup>28</sup> Ídem.

<sup>29</sup> Dosse, F., *Op. cit.*, 105.

a su causa hipotética”<sup>30</sup>. Así pues, la dificultad radica en encontrar una causa verosímil que sea lógicamente adecuada al efecto encontrado, es decir, probable. De esta manera, “las inferencias se basan en los datos de los documentos”<sup>31</sup> que permiten reconstruir al menos una idea sobre la época investigada, con lo cual el historiador es capaz de considerar las causas más probables y verosímiles. De este modo, y según aduce Veyne, “el número de causas que podemos tener presente es infinito, por la sencilla razón de que la comprensión de las causas sublunares —es decir, la historia— consiste en una descripción, y porque el número de descripciones posibles de un mismo acontecimiento es indefinido”<sup>32</sup>.

A fin de cuentas, como ya anticipamos más arriba, la Historia no es una ciencia, pues, como señala el historiador francés, “en historia no puede llegarse nunca [...] a lo que Wittgenstein ha llamado el esqueleto lógico, cuya aprensión constituye la condición y el principio de toda ciencia: por el contrario, lo vivido se escapa siempre de entre las manos”<sup>33</sup>.

### *Hayden White y la poética de la Historia*

¿Qué es la Historia? La respuesta que entrega White es clara: “considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa”<sup>34</sup>. Desglosemos la definición. Se nos dice que la Historia es, esencialmente, un tipo de discurso, en este caso, una narración. Pero todo discurso tiene un referente, ya sea interno o externo a él mismo. Entonces, ¿cuál es el referente del discurso histórico? White sostiene que el relato histórico pretende “ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*”<sup>35</sup>. Así pues, el objeto de la Historia, que para Veyne eran los acontecimientos humanos, se entiende, a primera vista, de modo similar en White. Sin embargo, la diferencia estriba en que, para el historiador francés, la Historia es una actividad intelectual, mientras que, para White, la Historia es un tipo de discurso. En este sentido, más que de objeto, ha de hablarse de referente, lo cual ya nos indica una preeminencia de lo literario-lingüístico por sobre lo práctico-intelectual.

Por lo demás, como también puede deducirse de la definición dada por el historiador estadounidense, el discurso histórico pretende dotar de significado a su referente, para lo cual se aboca a explicar los hechos pasados que representa. Como señala el propio White, “las historias (y también las filosofías de la historia) combinan cierta cantidad de «datos», conceptos teóricos para «explicar» esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados”<sup>36</sup>. Estas tres aparentes ‘fases’ realizadas por el historiador, a saber, la

<sup>30</sup> Veyne, P., Op. cit., 101.

<sup>31</sup> *Ibid.*, 104.

<sup>32</sup> *Ibid.*, 117.

<sup>33</sup> *Ibid.*, 168.

<sup>34</sup> White, H., *Metahistoria*, México: FCE, 1992, 9.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 14.

<sup>36</sup> *Ibid.*, 9.

presentación de los documentos que refieren ciertos acontecimientos, las teorías y conceptos utilizados para explicarlos y la narración que articula estas dos primeras fases para presentarlas dentro de un relato con pretensión de verdad y rigor, no constituyen, para White, más que una sola etapa fundamental: la creación del discurso histórico.

A propósito de los relatos históricos, el autor norteamericano señala: “Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie «histórica»”<sup>37</sup>. Así pues, lo que interesa en mayor medida a White es la configuración lingüística («estructural») que hace posible el discurso histórico como tal.

En vistas de ello, White se propone “establecer los elementos específicamente *poéticos* de la historiografía y la filosofía de la historia”<sup>38</sup>. Por lo demás, el autor manifiesta que la elección de las formas narrativas de los historiadores, o, más bien, la forma ‘automatizada’ de escribir la Historia, constituye lo que él denomina el elemento «metahistórico», el cual explica una determinada filosofía de la historia de cada historiador, o, en otras palabras, su singular modo de intelección y escritura de la Historia.

White entiende, por tanto, el acto explicativo del historiador como producto de su ‘estilo narrativo’ (o historiográfico). En este sentido, “el historiador realiza un acto esencialmente *poético*, en el cual prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual aplicar las teorías específicas que utilizará para explicar «lo que *en realidad* estaba sucediendo» en él”<sup>39</sup>. Así pues, para White, la actividad del historiador al momento de escribir la Historia consiste en la creación de un discurso acerca del pasado, el cual intenta ser verosímil y coherente, pero que no tiene ninguna diferencia fundamental con el “registro de la ficción en el plano de su estructura narrativa”<sup>40</sup>.

Siguiendo esta línea argumentativa, “la historia, entonces, sería ante todo escritura, artificio literario”<sup>41</sup>. Ergo, “White sitúa la transición entre el relato y la argumentación en el concepto de puesta en intriga”<sup>42</sup>, o, dicho de otra manera, en lo que Paul Veyne denominaba como «trama». En suma, lo que a Hayden White le interesa es “dejar en claro cuál *podría* ser la estructura ideal-típica de la «obra histórica»”<sup>43</sup>. Es decir, le interesa descubrir los elementos estructurales propios del discurso histórico, en un acto similar a lo que hace Roland Barthes en su artículo “El discurso de la historia”.

---

<sup>37</sup> Ídem.

<sup>38</sup> *Ibid.*, 10.

<sup>39</sup> Ídem.

<sup>40</sup> Dosse, F., *Op. cit.*, 129.

<sup>41</sup> Ídem.

<sup>42</sup> Ídem.

<sup>43</sup> White, H., *Op. cit.*, 16.

En el mentado escrito, Barthes afirma, refiriéndose a lo que hemos denominado como el ‘objeto’ de la Historia (o el ‘referente’, en este caso), que “el hecho no tiene una existencia que no sea lingüística [...] y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que la «copia» pura y simple de otra existencia, situada en un campo extraestructural, la «realidad»<sup>44</sup>. Evidentemente, aquí se está refiriendo a la pretensión de verdad de la Historia, a su deseo de alcanzar el acontecimiento en su realidad factual. A lo anterior, añade Barthes lo siguiente: “Este discurso [el histórico] es, sin duda, el único en que el referente se ve como exterior al discurso, sin que jamás, sin embargo, sea posible acercarse a él fuera de ese discurso”<sup>45</sup>. Así pues, la pretensión de verdad buscada por la Historia, e incluso la más moderada pretensión de verosimilitud que hemos venido sosteniendo, no es nada más que un ‘marcador textual’, un indicador propio del discurso histórico, en tanto que su referente, a saber, los acontecimientos del pasado, no se encuentra en otro lugar que en el discurso mismo. Como indica el autor, “en la historia «objetiva», la «realidad» no es nunca otra cosa que un significado informulado, protegido tras la omnipotencia aparente del referente. Esta situación define lo que podría llamarse el *efecto de realidad*”<sup>46</sup>. En este sentido, el discurso histórico es «metahistórico», refiere a sí mismo en una suerte de círculo discursivo (o ‘metadiscursivo’), entregando la simple ilusión de un referente efectivamente real.

Pero dejemos de lado la complejidad estructuralista de Barthes y volvamos a la argumentación de Hayden White. Como veníamos señalando, al historiador y teórico norteamericano le interesa definir la estructura narrativa del discurso histórico, es decir, el cómo se articula como tal. En este sentido, White insiste en que la configuración literaria de la trama es la que organiza la narración histórica propiamente tal con sus explicaciones y conceptos: “Se llama explicación por la trama a la que da el «significado» de un relato mediante la identificación del *tipo de relato* que se ha narrado”<sup>47</sup>. De este modo, “si en el curso de la narración de su relato el historiador le da la estructura de trama de una tragedia, lo ha «explicado» de una manera; si lo ha estructurado como comedia, lo ha «explicado» de otra”<sup>48</sup>. Así entonces, “el tramado es la manera en que una secuencia de sucesos organizada en un relato se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo particular”<sup>49</sup>. Por lo tanto, según White, lo que predomina en la escritura de la Historia es la elección de una forma narrativa, de la cual se desprende una determinada manera de comprensión y explicación de la trama de los hechos referidos. Además, esta trama se encuentra imbricada con una elección ética y estética por parte del historiador.

---

<sup>44</sup> Barthes, R., “El discurso de la historia”, en Roland Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona: Paidós, 1987. 174.

<sup>45</sup> Ídem.

<sup>46</sup> *Ibíd.*, 175.

<sup>47</sup> White, H., *Op. cit.*, 18.

<sup>48</sup> Ídem.

<sup>49</sup> Ídem.

En síntesis, “el historiador se enfrenta al campo histórico más o menos como un gramático podría enfrentarse a una nueva lengua. Su primer problema es distinguir entre los elementos léxicos, gramaticales y sintácticos del campo”<sup>50</sup>. Así pues, “el problema del historiador consiste en construir un protocolo lingüístico completo [...] por el cual caracterizar el campo y sus elementos en sus propios términos [...], y así prepararlos para la explicación y la representación que después ofrecerá de ellos en su narración”<sup>51</sup>.

Sin entrar en el detalle de la explicación tropológica que ofrece White para comprender la articulación narrativa de la Historia, diremos, a partir de lo abordado, que lo que predomina es el modo lingüístico, la articulación discursiva que luego inserta los elementos históricos a presentar en el relato. Esta es, pues, la poética de la Historia según White.

### *Conclusión: narración, ficción e Historia*

¿Por qué narramos la Historia? Como señala agudamente Paul Ricoeur, el término «historia» posee, en la mayoría de las lenguas europeas, “una curiosa ambigüedad, pues significa, al mismo tiempo, «lo que ha sucedido realmente» y el relato de esos acontecimientos”<sup>52</sup>. Sin embargo, esta ambigüedad no parece ser fruto del azar o de una confusión. Más bien, pareciera ser que el mismo lenguaje se encarga de destacar “la copertenencia que existe entre el acto de contar (o de escribir) la historia y el hecho de encontrarse en ella, es decir, entre el hecho de hacerla y el de ser histórico”<sup>53</sup>. Así pues, la narración, en tanto forma de la Historia, pareciera adecuarse a nuestro propio modo de existir, revelando nuestra historicidad como un ‘relato’ en el que nos encontramos inmersos.

Tal como lo experimentamos en nuestra cotidianeidad al referir a otro algo que nos ha ocurrido, nunca podemos aprehender el hecho en su plena facticidad, sino que nos limitamos a representarlo de la mejor manera que podemos, para lo cual, no en pocas ocasiones, acudimos a nuestra imaginación, a una necesaria dosis de ficción. Lo mismo sucede con la Historia: no se puede alcanzar ‘la verdad en sí’ del pasado, simplemente podemos tomar el fragmento que poseemos de él e intentar una representación verosímil, creando así, un relato mucho más rico que lo que podría ofrecernos la mera crónica. En este sentido, por ejemplo, nos deleitamos más cuando se nos narra el probable modo de vida de los visigodos que cuando Juan de Biclara nos comunica que Recaredo ha sido coronado rey en el año 586 de la era cristiana. Así pues, de algún modo, “se puede crear un discurso imaginario sobre

---

<sup>50</sup> *Ibíd.*, 40.

<sup>51</sup> *Ídem.*

<sup>52</sup> Ricoeur, P., “Para una teoría del discurso narrativo”, en Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, Barcelona: Paidós, 1999, 133.

<sup>53</sup> *Ídem.*

acontecimientos reales que puede ser no menos «verdadero» por el hecho de ser imaginario»<sup>54</sup>.

Recapitulando lo que hemos tratado en el presente ensayo, podemos concluir que, según pudimos apreciar en lo planteado por Veyne, la Historia era una operación intelectual que reconstruía los hechos a partir de una trama configurada en base a una elección del historiador, llenando los vacíos con hipótesis probables de acuerdo a una posible lógica de la época referida. Por su parte, para White, se trataba, más que de una actividad intelectual, de una actividad poética, en el sentido de que la preeminencia del discurso histórico viene dada por su propia configuración estructural (su forma) y no tanto por las razones que lo configuran (su contenido), lo cual se entiende de modo distinto al considerar la diferencia entre el relato histórico y el de ficción, pues como indica el propio White, “lo que distingue a las historias «históricas» de las «ficciones» es ante todo su contenido en vez de su forma”<sup>55</sup>. Volviendo a Veyne, si bien la estructura narrativa condiciona, se trata aquí de un molde más bien intelectual que literario. Así, Veyne mantiene la pretensión de verdad de la Historia como un rasgo que la diferencia de la novela incluso, en cierta medida, en términos formales, pues la actividad intelectual del historiador parte de ese presupuesto, mientras que, según White, no existe una diferencia a nivel discursivo (formal) que permita diferenciar entre el discurso histórico y un relato de ficción.

Para finalizar, nos interesa destacar que la Historia, tal como lo expresaba el vocablo griego *historía*, es en esencia una búsqueda, una ‘indagación’. Es decir, siempre se hallará en una permanente polaridad entre verdad y ficción, entre realidad e imaginación, pues lo que busca la Historia es representar discursivamente la realidad del pasado, el cual se encuentra fragmentado en las huellas que tenemos de él, y, en este sentido, escribir la Historia será siempre completar la búsqueda, rellenar los espacios, intentar comprender ese pasado que aparece como un rompecabezas sin armar. En ese sentido, “existe una tensión dialéctica entre una *res factae* y una *res fictae*”<sup>56</sup>, entre el contenido (la realidad del pasado) y la narración. Gracias a la fuerza evocativa de esta última, el historiador puede dar “ese brinco entre la realidad estudiada [...] y el relato que él efectúa”<sup>57</sup>. Escribir la Historia es saber crear una narración a partir de fragmentos, y en este sentido, es una actividad intelectual y poética, donde las hipótesis plausibles y la retórica del relato, consiguen “construir lo que se supone es la verdad de la historia que al fin es una forma de ficción de la verdad”<sup>58</sup>.

### Bibliografía

---

<sup>54</sup> White, H., *El contenido de la forma*, Barcelona: Paidós, 1992, 74.

<sup>55</sup> *Ibid.*, 42.

<sup>56</sup> Fermeo, J., “Narración y Teoría: Una anotación sobre la facultad interpretativa del lenguaje de la Historia”, en *Revista Universitaria*, nº 16, 1985, 62.

<sup>57</sup> *Ibid.*, 63.

<sup>58</sup> Rolfe, C., “La ficción, la conjetura y los andamiajes de la Historia”, en Clemens Franken (ed.), *Verdad e imaginación en la Filosofía, Teología, Historia y Literatura*, Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000, 78.

BARTHES, Roland, *El susurro del lenguaje*, Barcelona: Paidós, 1987.

DOSSE, François, *La historia: conceptos y escrituras*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2004.

FERMANDOIS, Joaquín, “Narración y Teoría: Una anotación sobre la facultad interpretativa del lenguaje de la Historia”, en *Revista Universitaria*, nº 16, 1985.

RICOEUR, Paul, *Historia y narratividad*, Barcelona: Paidós, 1999.

ROLLE, Claudio, “La ficción, la conjetura y los andamiajes de la Historia”, en Clemens Franken (ed.), *Verdad e imaginación en la Filosofía, Teología, Historia y Literatura*, Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000.

VEYNE, Paul, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid: Alianza, 1984.

WHITE, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona: Paidós, 1992.

WHITE, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México: FCE, 1992.